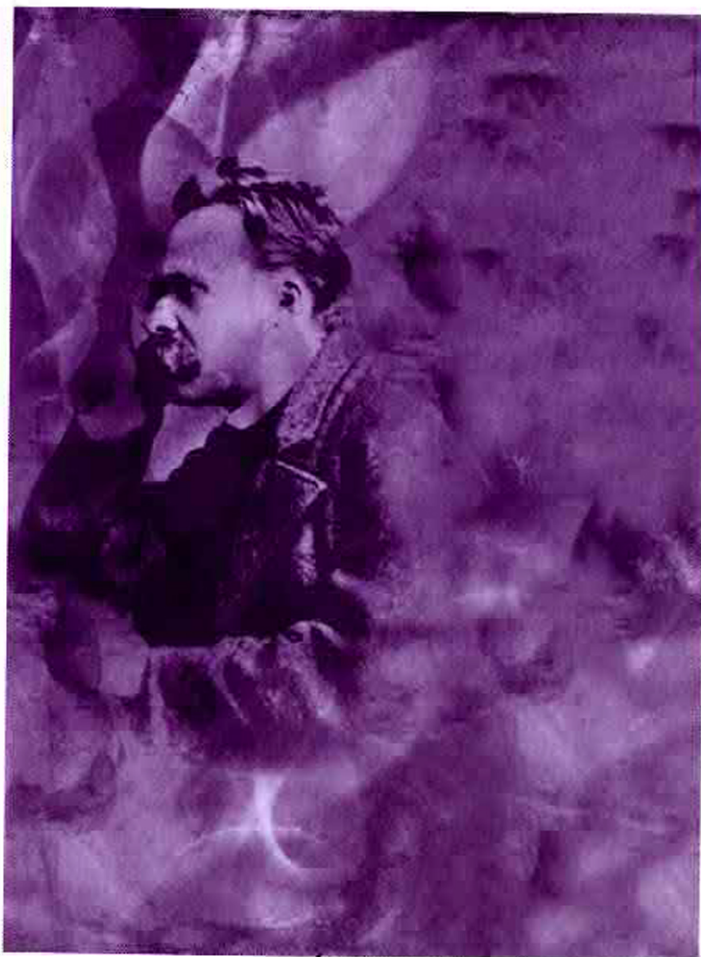


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*En memoria
del fuego*

Jorge Luis Espinosa



—¡Qué bueno que no había ningún gringo en el cine, porque lo mato! —dice acentuando las últimas palabras para que no quede duda del cometido.

Excesivo en gestos, movimientos, palabras y voz, Ontiveros habla de sus gustos y de sus enemigos con la misma pasión. Se ha tomado unos tragos mañaneros en el tiempo de espera para la película y durante la comida se refresca constantemente la garganta con vino tinto.

—Leer a Nietzsche y no vivirlo es traicionarlo. Su lectura tiene que mover a la acción. No puede quedarse en el diletantismo académico, en filosofía de gabinete, porque entonces sería renegar de su propia carga vitalista, del sentido de su obra y de su trascendencia —dice el autor de libros como *Apología de la barbarie* y *El hotel de las cuatro estaciones*.

La sangre en perpetua ebullición, alimentada con alcohol y lo que el cuerpo vaya apeteciendo, Ontiveros ha hecho de la literatura ese puente que permite atisbar lo absoluto o conduce a un sucedáneo terrenal: la locura. Ésta ha sido su ruta y la ha caminado bajo el palio de Céline, Jünger, Mishima, Vasconcelos, Pound, Salazar Mallén, Evola y Nietzsche, entre otros autores, cuya presencia se advierte en carteles y retratos que adornan las paredes de cuartos y escaleras, así como ilustraciones que aluden a las artes marciales, cuya presencia se refuerza con espadas de samuráis colgadas de las paredes.

—El verdadero desafío es que Nietzsche entre a tu existencia y al mismo tiempo no te trastorne ni el ideal del superhombre ni tampoco lo que en alemán se denomina la *infrahumanidad*, lo que Nietzsche describe en *Zaratustra* como el último hombre. La verdadera prueba es cabalgar al tigre, como dice Julius Evola, pero sin que el tigre te destroce. Ahí está el peligro, pero también la divisa: "Vive peligrosamente". Y esto no solamente se refiere al peligro físico, sino también al peligro espiritual, metafísico, de perder el alma.

—¿Y cómo lo has vivido, cuál fue tu primer acercamiento?

—Mi formación, como lo he dicho tantas veces, es católica, apostólica y romana. Estudié en escuelas católicas y como a



Diseño: Luis Miguel Cruz Ceballos.

los quince años leí a Nietzsche, el cual me trastocó todas las concepciones que tenía sobre la virtud, la humildad... sobre el sentido propio de la vida. Me rompió el esquema judeocristiano. Para mí su lectura fue terrible: me reveló una vía a la que yo no había tenido acceso y que tocaba fibras interiores.

—¿Y qué tanto transforma?

—El problema esencial con Nietzsche es que no lo puedes leer refugiado en el gabinete academicista. No lo puedes leer como un ejercicio de budismo urbano del que hablaba él, como una forma de nihilismo pasivo. Nietzsche implica una doctrina de la acción, un estilo de vida. Ése es el verdadero sentido de su obra, la revelación del desafío del héroe en el sentido hiperbóreo de la vida heroica, de los actos de la voluntad, no en el sentido romántico que él repelía, aunque esto tenga tanto atractivo en esta época de cambio ideológico, de abandono de las creencias, de abdicación del hombre. Nietzsche tiene el poder de transformar tu vida y puede llevarte al exceso.

—Y tú que has visto, ¿qué hay luego de este camino?

—Luz, una luz cegadora, pero también el abismo, lo abisal... He empeñado todo en el camino y, a veces, esta casa me resulta terriblemente grande. La soledad es inmensa.

Nietzsche en los tapetes diabólicos

Opción vital, pero también funesta.

De Nietzsche nadie queda indemne, salvo quizás aquellos para los que el autor alemán sólo es una asignatura por cursar.

Ante su lectura, el hombre, el mundo, el universo quedan desnudos de los atributos que siglos de miedo le han atribuido a la vida y su entorno.

Desde sus primeros libros, el grito, la voz profunda contra las Academias, la Filosofía, la Moral, Dios, la Igualdad... fue su divisa, porque, de tantas vestimentas puestas, el hombre había perdido la sed por la vida, el sí afirmativo de la existencia.

No en balde el filósofo español Fernando Savater escribe: "Nietzsche es, en buena medida, una opción contra la cultura y la ciencia y, ciertamente, una opción contra el progreso. Y podemos añadir, además, que en esto y no en otra cosa radica su importancia".

Pero para el hombre, crecido al amparo y al cobijo de "verdades" que le ofrecen consuelo y paraísos, paz a su lánguida alma, Nietzsche ciertamente —dice Savater— es el capricho más funesto, la peor regresión imaginable...

"Una concesión que puede ser fatal a los fantasmas, terribles pero oscuramente tentadores del caos y la demencia", precisa el filósofo español.

Y es que, desnudo de todo cobijo, el hombre puede tensar el arco hacia el futuro o perecer en las oscuras llamas de la locura.

"Nietzsche no fue un hombre, sino dinamita; quiso, como un rayo fulminante, partir en dos toda la historia universal, trastornar radicalmente el proyecto del hombre, su conciencia y convivencia. Nietzsche es peligroso porque es fuerte y no se le puede debilitar para hacerlo accesible", precisa Savater.

El mismo Nietzsche —cuenta el autor de *Ética para Amador*— con su vida "errante, doliente y en apariencia morigerada, apostó en los tapetes diabólicos, danzó en el pretil del más radical abismo y descendió irrecuperablemente a él".

En pocos años talló una de las más altas cumbres del pensamiento universal, para luego despeñarse hasta el más hondo caos de la locura, donde por once años permaneció sin poder comunicarse más que con gruñidos de bestia, aprisionado en un cuarto.

Durante su vida pocos ejemplares de sus obras se imprimieron, y menos aún se vendieron. Pocos fueron los que se acercaron a su pensamiento, pero a su muerte la Aurora llegó.

El nuevo siglo lo contempló con otros ojos, las impresiones de sus obras se multiplicaron, las traducciones se volvieron prioridad y su pensamiento fluyó hacia los cuatro puntos cardinales, incendiando conciencias, sirviendo de pretexto al nazismo cuando, él mismo, aborreció la sangre alemana que circulaba por sus venas.

Convocó hacia su pensamiento miles de cómplices, adversarios y seguidores, aun cuando él mismo había dicho: "Quiero enemigos, no discípulos".

La historia de Salvador: del hurto a Nietzsche

Cuando Salvador cumplió veinticinco años, una novia le regaló un libro de Nietzsche. Diez años después, se retorció entre las sábanas de un hospital, víctima de un desenfrenado alcoholismo.

—A mí me gustaba leer. Por eso mi novia me regaló un libro que casualmente era de Nietzsche. Desde el primer momento en que lo abrí para hojearlo me sentí llamado por él y no pude dejar de leerlo.

—¿Qué libro era?

—Así habló *Zaratustra*, el más grande de sus libros.

Durante una década leyó con asiduidad este y otros libros del "maestro", como le llama, mientras vivía de su "oficio" de falsificador, que lo llevaba de una ciudad a otra de la República mexicana, pero siempre con una maleta llena de libros, una de sus pasiones, y entre ellos algún volumen de Nietzsche.

—¿Todos los días leías a Nietzsche?

—Todos, siempre algunas líneas. Llevaba unos veinte libros conmigo, pero Nietzsche y la Biblia eran mis favoritos.

—¿Practicabas alguna religión?

—No, era totalmente ateo. Mi padre fue yerbero y no tuve ninguna instrucción religiosa. Recuerdo que de niño me acercaba a los manuales de mi padre donde se hablaba de curaciones, amuletos y sortilegios, pero nada más. Siempre fui un niño solitario y quizá por eso me gustó leer. Primero revistas: *Kalimán*, *El Payo*. Más tarde, Cervantes, Rabelais, Shakespeare, Gibrán, Omar Khayyán... También me ha gustado leer libros de ciencia. Stephen Hawking me sorprendió.

De pelo lacio y la mirada agudizada por los párpados caídos que le dan cierta apariencia de oriental, Salvador sonríe enseñando unos dientes grandes, los sobrevivientes de esa década

desenfrenada en que apostó por el exceso y la potencia con la que identificaba la certidumbre del Superhombre.

—En algunos golpes llegaba a sacar hasta 60 mil pesos. La falsificación era mi oficio y lo hacía bien. Con todo el dinero que conseguía me di una vida de rey. Estuve en los mejores hoteles del país, con las mejores viejas, en las mejores cantinas, pero algo no andaba bien. Por eso bebía y leía mucho.

—*¿Pero qué tanto tuvo qué ver Nietzsche con tu caída?*

—Todo.

A los veintitrés años, luego de un asalto a mano armada, Salvador es encerrado durante dos años en el reclusorio, donde aprenderá el arte de la falsificación y a los veinticinco llegará a Nietzsche.

—Había salido de la cárcel y Nietzsche llenó ese vacío que sentía. Él habla de cortar de tajo con toda moral, de liberarse de toda dependencia y construirse como el Superhombre, algo de lo que tuve y estoy muy lejano, pero en ese tiempo era algo que me llamaba mucho la atención.

—*Pero, ¿cómo te llevó eso a la caída?*

—¡Imagínate! Creí estar por encima de todos, creí saber de la condición humana. Analizaba y despreciaba a la gente por su manera tan estúpida de vivir, pero de mí no veía nada. Me sentía como arriba de un árbol desde donde contemplaba la inutilidad de todo ese ajetreo de la gente. A Nietzsche no lo leí como debería haberlo hecho: como alimento del pensamiento, sino que me volví su protagonista. Nunca creí que Nietzsche se equivocara. Sinceramente pensaba que la humanidad debería **vivir** como él lo postulaba.

—*¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?*

—Las semanas que pasé en el Hospital General. Mi alcoholismo creció. Al final andaba vagando por la ciudad, chupando **lo que** podía, hasta que caí en el hospital con los pies hinchados, muy jodidos. Ahí contemplé mi vida hacia atrás. Vi todo **lo que** había hecho, el dinero conseguido de manera fácil, pero **también** fácilmente perdido. Vi que no había hecho nada, que **estaba** solo y con un profundo vacío. Sin familia, a la que no

veo desde hace quince años, porque hasta con ella fui "malamadre". En el hospital, frente a mi cama, un cuate se murió cuando se le reventó una vena de la pierna. Eso me golpeó de tal manera que me hizo cambiar. Buscar un poco la compañía humana. Siempre he estado solo. Como falsificador trabajé solo para no repartir con nadie el dinero.

Un filósofo y un psicoanalista responden

Giuseppe Amara se pregunta ante todo quién puede ser seguidor de Nietzsche, cuando el filósofo alemán disparó sus flechas en todas direcciones, de tal suerte que si se juntaran diez nietzscheanos cada quien daría un visión diferente del autor de *Aurora*. "Y en eso radica su riqueza", aclara Amara, uno de los psicoanalistas más reconocidos del país.

—¿Y hay quien lo siga o busque encarnar su filosofía?

—No conozco alguien así, ni creo que pueda ser posible. Habría que estudiar en todo caso a quien dice que puede vivir así para determinar qué tanto es la influencia de Nietzsche sobre el individuo y hasta dónde su patología ha provocado la situación.

—Pero tampoco se puede obviar la fuerza de ideas tales como el desenmascaramiento que Nietzsche hizo de los afanes humanos. ¿Qué pasa cuando se derriba todo apoyo: Dios, Ciencia, Democracia?... ¿A poco se puede quedar indemne?

—La máscara es parte del individuo. Sin ella no podríamos sobrevivir y, efectivamente, sobrevendría la locura, porque estaríamos lejanos de todo. Habría que recordar que el ser humano no es un ser totalmente vertical, que siga fielmente una ruta hasta perecer. El hombre piensa una cosa en la mañana, otra a mediodía y otra por la noche. Ésa es su condición: el cambio.

—¿Y cómo se le llamaría al individuo que sigue fielmente a Nietzsche?

—Fanático.

El filósofo Carlos Pereda comparte la misma opinión de Amara frente a Nietzsche.

—Sí, Nietzsche es un relámpago —acepta— pero hay muchos más relámpagos en la vida que la sola presencia del filósofo alemán. No veo por qué seguirlo hasta el fin, por qué empeñar la vida en su persecución, cuando lo más valioso que hay es precisamente la existencia que nos permite preguntarnos, filosofar; no quedarnos en una filosofía particular.

Para Pereda —quien ha cuestionado al filósofo alemán y a sus “preguntas atterradoramente antiilustradas”, porque en el fondo descansan en afirmaciones no sólo falsas, sino peligrosamente falsas: en fetiches—, llevar a Nietzsche hasta el extremo de sus afirmaciones sería despeñarse desde el puro decisionismo.

—Sería ir más allá de toda argumentación. Arrojar al puro decisionismo, que no es otra cosa que la mera arbitrariedad de cada sujeto. Seguir la ley del deseo, sustituyendo a los juicios respaldados en razones. Ante esto bien se podría objetar —argumenta Pereda— que lo que perdemos en razón lo ganamos en instinto, espontaneidad, vida...

—¿Y qué perderíamos finalmente si lo lleváramos hasta el extremo de sus afirmaciones?

—Perdemos a la persona en sus tres dimensiones básicas. Primero, se elimina al sujeto pensante, capaz de adquirir saberes justificados y justificables: eso que nos permite conocer la diferencia que hay entre el saber y la opinión y la mera creencia apoyada en el deseo o en la utilidad de quienes la tengan. Eliminamos también a las personas como agentes capaces de participar en acciones y argumentaciones morales y, finalmente, hacemos de la causalidad y la casualidad caminos paralelos y, por tanto, ya no podemos comprender los usos del esquema medio-fin.

Castañeda Iturbide: un católico redimido por Nietzsche

Francisco Castañeda Iturbide dice sin más: Yo soy católico...

Y pareciera que uno de los requisitos para ser intoxicado por Nietzsche o profundamente conmovido por su obra, fuera

el ser católico, el haber sido envenenado por el judeocristianismo, esa mentalidad carcelera de uno mismo, ese afán de llagarse por afanes trascendentes.

—Yo lo descubrí tempranamente. Estaba en secundaria cuando leí *El crepúsculo de los ídolos* y luego *El Anticristo*, pero aquí está lo extraño, y quizás ésta sea mi locura personal, porque lejos de alejarme de la religión me ayudó a pensarla y repensarla. A la larga me afianzó en mis convicciones católicas.

“Al principio quizá fue perjudicial porque no lo asimilé correctamente. Me faltaban muchas lecturas para entenderlo mejor. Me causó un impacto tremendo porque iba en contra de todo lo que me habían enseñado, pero luego entendí que lo que Nietzsche ataca con tanto furor y lucidez en el cristianismo no es a Cristo, sino lo que nosotros hemos hecho de su mensaje, cómo lo hemos deformado y convertido en disfraz”.

Catedrático y autor de un libro de relatos, *Ilustres desconocidos*, Francisco Castañeda Iturbide explica que si algo ha sido Nietzsche, fue precisamente un gran moralista.

—Él es el gran demoledor de la falsa moralidad, pero toda su obra es una defensa de la moral. Nietzsche tiene una visión muy crítica del cristianismo, pero su vida, su personalidad, sigue siendo la de un pastor, como lo fueron su padre y su abuelo. Nietzsche era un hombre sumamente virtuoso, por momentos hasta parece un santo en el buen sentido de la palabra. Incluso en *Ecce Homo* llega a decir: “Tengo miedo que algún día me canonicen”. Entre bromas y veras, algo hay de esto y él mismo se daba cuenta de su virtuosismo.

Nietzsche: la aurora del próximo milenio

¿Un filósofo para mil años?

José Luis Ontiveros no lo duda.

—Yo creo que hay Nietzsche para mil años. En *La voluntad de poder*, él habla de los siglos venideros. En *Ecce Homo* dividió la historia de la humanidad en dos: antes y después de Nietzsche.

Algunos han considerado esta afirmación producto de su "locura" y de esas otras categorías de la psiquiatría o el psicoanálisis, pero yo creo que ésa es la realidad.

—¿El tiempo de Nietzsche será el próximo milenio, considerando que el año que viene es el centenario de su muerte? ¿No te parece muy simbólico?

—No hay coincidencias, sólo destinos y encuentros espirituales. Pienso que el hecho, como lo has señalado, es significativo. Representa una reversión de todos los esquemas con los que la cultura occidental, desde el siglo XVIII, ha tratado de reducir al hombre a una visión unidimensional puramente materialista. Nietzsche, en cambio, apuesta por el retorno al instinto de poder, a la voluntad de poder y al real significado de la barbarie como resguardo verdadero de la cultura. Si no hay barbarie no hay cultura para el filósofo alemán. Él deja un mensaje para el siglo XIX, hay un Nietzsche más rotundo para el siglo XX, pero quizá, como él se consideraba postrimero, tal vez su verdadero ser sea el siglo XXI.

—¿Nietzsche para el próximo milenio?

Francisco Castañeda Iturbide dice: "Yo no lo creo, incluso me parece que en el próximo siglo va a comenzar su envejecimiento. La época de Nietzsche fue la segunda mitad del siglo XX con todo que fue muy criticado, desconocido en parte y, sobre todo, mal interpretado".

Para Castañeda Iturbide muchas de sus propuestas hoy día se han quedado muy cortas, sobre todo ante los jóvenes. "Pudo espantar a las buenas conciencias del siglo pasado, pero con lo que hemos visto y vivido, no creo que Nietzsche asuste ya a nadie", precisa el narrador.

Sin embargo, aclara que Nietzsche, para el próximo siglo, podría despertar un interés un tanto paradójico. "Creo que si hay interés en él para las nuevas generaciones será desde un punto de vista místico y metafísico, lo que en el fondo quería ser y fue: un santo, un místico."

unomásuno, octubre de 1999.

Jorge Luis Espinosa Morales nació en Comitán, Chiapas, el *Balún-Canán* de Rosario Castellanos. Estudió periodismo en la Escuela Carlos Septián García y se ha desempeñado como reportero en *unomásuno*, *Milenio Diario*, *El Independiente* y *El Universal*. Actualmente es jefe de difusión del Fondo de Cultura Económica.

Rulfo: el camino en llamas

San Gabriel, Jalisco. La mañana del 9 de junio de 1923, la vida de Juan Rulfo conoce un vuelco decisivo. En la entrada del potrero "La Agüita" de la hacienda de Chachahuatlán, el vaquero Guadalupe Nava Palacios espera al padre del futuro escritor. Quiere saldar viejos odios y no encuentra mejor manera que sacar un arma y dispararle por la espalda a quien todos conocían como Cheno Pérez Rulfo.

La noticia pronto corre de boca en boca, mientras el cuerpo de Cheno es montado en una camilla improvisada para ser trasladado a San Gabriel, donde vive su familia. Está por anochecer y decenas de teas son prendidas para iluminar el camino. Tienen que atravesar el Llano Grande para llegar a su destino y desde las haciendas vecinas se puede ver que el cortejo se acerca.

Juan Rulfo está aún por cumplir los seis años y no ha partido, como su hermano Severiano, rumbo a la hacienda de Telcampana para encontrarse con el cortejo. Pero más tarde su hermano le dirá: "Hubieras visto, Juanito, parecía como si hubieran incendiado el llano..."

Y en celebración de este hecho, la noche del sábado pasado, el llano volvió a incendiarse. Desde el crucero de Cuatro Caminos, en la carretera que lleva a San Gabriel, hasta la ex hacienda de Telcampana, decenas de lugareños volvieron a tomar las teas para iluminar el camino de un cortejo que recuerda aquel suceso que dejó en la orfandad al autor de *El Llano en llamas* y no sólo de padre, sino también de madre, porque será

tal la pena de la joven viuda que la alejará de la vida y de sus hijos.

Cerca de cien personas, vestidas en su mayoría de blanco, tomaron la iniciativa de recorrer los más de tres kilómetros que van de Cuatro Caminos a lo que queda de Telcampana. Más de hora y media de marcha que, si bien inició bajo el crepúsculo de un sol rojizo, pronto fue envuelta por las sombras mientras la luna se elevó desde el Oriente.

Al frente de la marcha, un grupo de sonajeros de Tuxpan, Jalisco, marcan el ritmo al compás del tambor y la flauta de carrizo. Detrás, el cortejo: la camilla de dos palos en hombros de algunos voluntarios, el canto y el rezo para ahuyentar al demonio y las teas para iluminar el camino hasta Telcampana, de cuyas antiguas glorias sólo quedan gruesos muros y algunas sólidas columnas.

Ahí aguardan otro centenar de personas, dispuestas a ser espectadoras de un par de monólogos teatrales que tienen como base *Pedro Páramo*, así como la lectura de "El día que incendiaron el Llano", la recuperación histórica que hizo Virginio Villalvazo Blas del asesinato del padre de Juan Rulfo.

San Gabriel lucha por Rulfo

El acta de nacimiento de Juan Rulfo fue hallada en el Registro Civil de Sayula, pero esto no ha zanjado la lucha por determinar el lugar de nacimiento del escritor. "Ésta es una polémica que no va a terminar", dice Juan Villalvazo, quien, junto con Filiberto y Virginio Villalvazo, se ha dedicado a organizar la Cabalgata Rulfiana.

"Es la polémica de siempre. Hay quien dice que nació en Apulco, otros que en Sayula, pero la mayoría coincide en que fue en San Gabriel. En esa época, por la Revolución, había mucha inestabilidad y las familias acomodadas como la de Juan Rulfo llevaban a registrar a los niños a Sayula o Ciudad Guzmán, porque ahí los documentos estaban más seguros. Por

CULTURA



EL UNIVERSAL

Aroma mortal contra eucarachas : 4

La homosexualidad podría ser biológica : 3



Los habitantes de San Gabriel Jalisco recrearon el cortejo que acompañó hace 82 años a los restos del padre del escritor.

Arde el llano en memoria de Rulfo

JORGE LOPEZ ESTENGA / FOTÓGRAFO SERGIO SUÁREZ/ERVIADOS

Habitantes de San Gabriel Jalisco, recrearon el cortejo que acompañó hace 82 años a los restos del padre del escritor

SAN GABRIEL, Jalisco. La noche del 13 de mayo, el llano se iluminó con la luz de las antorchas que los habitantes de San Gabriel Jalisco encendieron para recrear el cortejo que acompañó hace 82 años a los restos del padre del escritor Juan Rulfo. El pueblo se vistió de blanco y se puso a bailar y cantar en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas".

El cortejo comenzó a las 20 horas y se prolongó hasta las 23 horas. Los participantes, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo terminó a las 23 horas y los participantes se retiraron a sus hogares.

El pueblo de San Gabriel Jalisco se vistió de blanco y se puso a bailar y cantar en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo comenzó a las 20 horas y se prolongó hasta las 23 horas. Los participantes, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo terminó a las 23 horas y los participantes se retiraron a sus hogares.



Los habitantes de San Gabriel Jalisco recrearon el cortejo que acompañó hace 82 años a los restos del padre del escritor Juan Rulfo.

“La idea es que esto se convierta en una tradición por lo cual buscaremos el apoyo de las universidades y los habitantes de San Gabriel y se trabajará para que Telecampes sea un centro cultural”.

José María Flores

Algunos de los participantes en el cortejo, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo comenzó a las 20 horas y se prolongó hasta las 23 horas. Los participantes, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo terminó a las 23 horas y los participantes se retiraron a sus hogares.

El cortejo comenzó a las 20 horas y se prolongó hasta las 23 horas. Los participantes, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo terminó a las 23 horas y los participantes se retiraron a sus hogares.

El cortejo comenzó a las 20 horas y se prolongó hasta las 23 horas. Los participantes, vestidos de blanco, bailaron y cantaron en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas". El cortejo terminó a las 23 horas y los participantes se retiraron a sus hogares.



Los habitantes de San Gabriel Jalisco recrearon el cortejo que acompañó hace 82 años a los restos del padre del escritor Juan Rulfo.



El pueblo de San Gabriel Jalisco se vistió de blanco y se puso a bailar y cantar en honor al autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas".

"Pedro en su fin por el origen de Rulfo" : 2

eso Federico Munguía descubrió el acta en Sayula”, explica Juan Villalvazo.

Rulfo decía que era de un pueblo que había perdido todo, hasta el nombre. En 1989 esta población de ocho mil habitantes todavía se llamaba Ciudad Venustiano Carranza. “Luego se le restituyó el nombre de San Gabriel, que había perdido durante cerca de cincuenta años”, refiere Villalvazo.

Pero si el acta y algunos de sus biógrafos dicen que nació en Sayula, los pobladores de San Gabriel lo han hecho suyo. Es más, aceptan que pudo haber nacido en Sayula, pero ahí “sólo estuvo unas cuantas horas”, argumentan. Aquí vivió durante su infancia. Los años más importantes de cualquier ser humano, y hasta añaden, como para corroborar que el pueblo es cuna de genios, que aquí también nacieron José Mojica y el compositor Blas Galindo.

Rulfo llegó a vivir a San Gabriel cuando tenía cuatro años de edad y la amenaza del revolucionario Pedro Zamora se había desvanecido. Su padre Juan Nepomuceno (Cheno) había intentado emboscar a Zamora y éste lo persiguió durante más de un lustro, pero en cuanto el guerrillero desapareció la familia Rulfo Vizcaíno se asentó en la calle Hidalgo, a media cuadra de la plaza central.

Aquí perdería a su padre y a su madre, a quien el dolor sepultó en vida, pero también hallaría el placer de la lectura, gracias a una biblioteca que el cura del lugar, quien se fue a la Cristiada, dejó en su casa. Libros que el sacerdote como censor había decomisado, y que en lugar de destruir los guardó, sin saber que serían el mayor placer de ese niño solitario.

“En realidad yo me considero de ese lugar. Allí pasé los años de mi infancia. La vida del hombre está hecha desde su niñez. Lo que le pueda pasar después no tiene mayor importancia”, aseguraba Rulfo, como cita Juan Ascencio en *Un extraño en la Tierra*, la polémica biografía en torno al creador de Comala.

La travesía de Rulfo

“Aquí murió Juan Preciado, el hijo de Pedro Páramo...”, dice Virginio Villalvazo al entrar en el portal de la plaza que va a dar a la iglesia del Señor de Amula. Lo dice convencido, porque él mismo ha trazado la geografía rulfiana en este poblado donde “se ventila la vida como si fuera un murmullo” y hasta donde los celulares están muertos, no por sentencia alguna, sino porque la señal no llega.

“Nos han dicho que van a poner antenas, pero nada ha pasado. Han venido a vendernos celulares y nos aseguran que la señal estará lista. Muchos los han comprado, pero de nada sirve porque no funcionan”, cuentan algunos pobladores corteses y dados a largas charlas, porque el tiempo aquí fluye de manera lenta.

Incluso, entre las dos y las cinco de la tarde el tiempo parece detenerse para dar paso a un profundo silencio que deja todo el espacio al canto de los pájaros o al zumbido de las abejas. Hasta los perros están ausentes. El silencio se siente, se huele, amenaza, quizá porque, como diría Juan Preciado, la cabeza está “llena de ruido y de voces”.

Pero también porque San Gabriel permanece ajeno a los estragos de la “modernidad”, aunque en pleno centro no faltan los videojuegos ni las películas piratas. Además, la población no crece. “No somos ni ocho mil como dice el censo. Si acaso seremos cinco mil. Todos los jóvenes se van a Estados Unidos.”

No hay muchos cambios y los comerciantes se duelen de que el turismo no llega, pese a que están a media hora de Tapalpa, el pueblo mágico y joya turística de Jalisco. “Esperamos que con la nueva carretera que están abriendo la gente llegue”, auguran, pero mientras tanto San Gabriel huele a Comala y es posible caminar por ella siguiendo las huellas de Juan Rulfo y Pedro Páramo.

En Comala-San Gabriel

“Aquí murió Juan Preciado, y allá —señala los rumbos del Cerro Viejo— está La Media Luna. No la hacienda, sino la casa donde estuvo encerrada Susana San Juan”, añade Virginio Villalvazo, quien desde hace años se dedicó a trazar un recorrido por los sitios en que vivió el autor de *El Llano en llamas* y los lugares por donde aún es posible advertir la presencia de sus personajes.

Desde 1989, luego de la muerte de Juan Rulfo, Villalvazo, apoyado en conversaciones con el hermano del narrador —Severiano Pérez Rulfo— y con gente que conoció a esta familia, se dedicó a trazar esta geografía rulfiana, y aunque para algunos toda creación literaria es ficción y, por tanto, tiene pocas referencias a realidades concretas, para quien dirige el periódico *La Voz del Llano San Gabriel* tiene mucho de Comala y aún hoy es posible identificar plenamente algunos lugares que menciona Rulfo en su obra.

Por lo mismo, y como uno de los actos finales de la Cabalgata Rulfiana que durante toda la semana pasada se realizó en San Gabriel, el recorrido por estos territorios concretos y literarios se inició en la calle Hidalgo, en la casa donde Rulfo viviera su infancia y que hoy se encuentra deshabitada, aunque bien conservada por sus actuales dueños.

Frente a esta casa de amplios patios y corredores, un grupo de unos veinte turistas y algunos pobladores escuchan la primera lectura, donde Rulfo traza los acordes de este “pueblo lleno de ecos”. Es la preparación para el recorrido.

La lectura de un par de cuentos de *El Llano en llamas* o de fragmentos de *Pedro Páramo* en cada parada del recorrido prepara y llama a considerar que esas casas, esos llanos, esos puentes o escuelas son los espacios donde Eduviges Dyada recibe a Juan Preciado, quien ha llegado en busca de su progenitor, o donde el padre Rentería busca esconderse una vez que ha advertido que nunca defendió a los pobladores de Comala de los apetitos de Pedro Páramo.

De la casa de la infancia a la posada y de ahí al Puente-Galápago, bajo cuyos arcos no corre ya río alguno, para luego llegar al templo de la Sangre de Cristo, de cuyas campanas salió el eco anunciando la muerte de Susana San Juan, el único amor de Pedro Páramo, y a cuya ausencia decidió sacrificar a la misma Comala hasta dejar que se poblara únicamente de muertos y fantasmas.

El grupo va siguiendo a los guías —Virginio y Juan Villalvazo— y algunos se niegan a seguir cuando se asciende por calles que pasan del concreto a la tierra suelta, hasta llegar a senderos llenos de espinos y pitahayas. Pero se les alienta con la promesa de una vista hermosa y deciden llegar a la Loma, donde es tradición volar papalotes y es posible ver San Gabriel a la distancia.

Éste es el marco perfecto para escuchar al adolescente Pedro Páramo decir: “Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento”.

De ahí al Puente Nuevo para evocar los tiempos en que los pobladores lanzaban la leña al río y escuchar el cuento “Es que somos muy pobres”. Entre calles empedradas y con pavimento, bajo el sol de las once de la mañana, la ruta sigue hasta llegar al lugar donde Rulfo estudió la primaria, cuya torre sugiere una gran iglesia y no una modesta escuela.

El recorrido ha sido el de un semicírculo que se cierra cuando se llega al portal donde murió Juan Preciado y en donde los indígenas de Apango, como narra Rulfo, llegaban con sus manojos de manzanilla, romero o tomillo para venderlos a los pobladores, a diez centavos por ramito. Sólo falta llegar a la Plaza de Armas y luego de casi tres horas de recorrido celebrar que San Gabriel aún huela a Comala.

El Universal, *mayo de 2005.*

Los cincuenta años de El Llano en llamas

A finales de 1952 José Luis Martínez llegó al número 93 de la calle Río Pánuco, una vieja casona de estilo porfiriano que desde mediados de los años cuarenta el Fondo de Cultura Económica (FCE) había decidido ocupar en sus dos pisos, haciendo de las recámaras, comedores y salas, oficinas y bodegas donde planear, diseñar y guardar algunos de los libros de la naciente editorial.

Martínez había llegado con un paisano amigo suyo, un joven tímido cuya presencia era la causa de la visita. Habían solicitado platicar con Arnaldo Orfila Reynal, quien sucedió a Daniel Cosío Villegas al frente del FCE.

En su libro de memorias *La pasión por los libros*, Orfila Reynal recuerda que Martínez se acercó en compañía de ese joven retraído. "Me lo presenta y me dice: éste es un joven escritor que tiene un libro de cuentos muy interesante: *El Llano en llamas*. Rulfo se sentó ahí muy quietito, no hablaba casi nada. Me dejó su libro y se lo publiqué."

Orfila Reynal acababa de inaugurar la colección Letras Mexicanas, cuyo cometido era servir de guía al "lector que desee saber qué es lo que se escribe en México" y una "biblioteca selecta de autores desaparecidos".

La colección nació en 1952, y entre abril y noviembre de ese año aparecieron *Obra poética*, de Alfonso Reyes; *Confabulario*, de Juan José Arreola; *El nuevo Narciso y otros poemas*, de Enrique González Martínez; y *El diosero*, de Francisco Rojas González. Lista a la que se añadió *El Llano en llamas y otros relatos*,

así llamado en su primera edición del FCE, aparecida el 18 de septiembre de 1953.

Un libro de cuentos nacido del diálogo con la soledad y los recuerdos, como lo recordaba el propio Rulfo. El narrador evocaba que en 1933 llegó a la ciudad de México y como no conocía a nadie “convivía con la soledad, hablaba con ella, pasaba las noches con mi angustia y con mi conciencia”.

Luego, en las oficinas de Migración de la Secretaría de Gobernación, donde entró a trabajar en 1938, conoció a Efrén Hernández, diplomático, poeta y autor de uno de los cuentos más célebres de la literatura mexicana: “Tachas”. “Efrén se enteró, no sé cómo, de que me gustaba escribir en secreto y me animó a enseñarle mis páginas. A él le debo mi primera publicación: ‘La vida no es muy seria en sus cosas’, que apareció en la revista *América* en 1942.”

En 1948, en la ya citada publicación, el propio Efrén Hernández recordaría a este joven narrador que estuvo a punto de eternizarse en la corrección de sus cuentos, porque cada uno de ellos era sometido a una revisión implacable que derivaba en un camino sin fin. Rulfo los hallaba deficientes, los rompía, los tiraba y comenzaba de nuevo.

“Nadie supiera acerca de sus inéditos empeños, si yo no, un día, pienso que por ventura, adivinara en su traza externa algo que lo delatase y no lo instara hasta con terquedad, primero a que me confesase su vocación, enseguida a que me mostrara sus trabajos y, a la postre, a no seguir destruyendo. Sin mí, lo apunto con satisfacción, ‘La cuesta de las comadres’ habría ido a parar al cesto”, recordaba Efrén Hernández.

Luego en 1945 publicaría un par de cuentos: “Nos han dado la tierra” y “Macario” en la revista *Pan*, de Guadalajara, que dirigieron Juan José Arreola, Antonio Alatorre e incluso el propio Rulfo, quien, como decía, intentaba construir historias con el recuerdo de lo que había oído y escuchado en su pueblo y entre sus pobladores.

En una carta de 1947 a su entonces novia Clara Aparicio, Juan Rulfo escribe: “Me van publicar un cuento en una *Anto-*



Juan Rulfo. Archivo: INBA.

logía de cuentistas mexicanos: "Nos han dado la tierra". Yo les había entregado otro que se llama 'Es que somos muy pobres', pero lo encontraron subido de color. No sé por qué me salen las cosas tan crudas y tan descarnadas, yo creo que porque no están bien hervidas en mi cabeza".

Pero en 1952 entregaría quince cuentos a Arnaldo Orfila Reynal, quien delegó los trabajos de edición a Joaquín Díez-Canedo y a Alí Chumacero. De esta suerte, en 1953 empezaría a circular uno de los volúmenes de cuentos más célebres en la historia literaria de México, Hispanoamérica y más allá de las fronteras del propio idioma español.

Los números de El Llano en llamas

En la historia del Fondo de Cultura Económica y hasta 1994, *El Llano en llamas* ocupaba el segundo sitio entre los libros más vendidos, con 31 reimpresiones y 1 362 678 ejemplares vendidos. El primer puesto lo detentaba *Los de abajo*, de Mariano Azuela, y el tercer lugar *Pedro Páramo*.

Pero si durante más de cuarenta años el FCE poseyó los derechos de *El Llano en llamas*, en 1999 éstos pasaron al Grupo Random House-Mondadori, quien negoció con los herederos de Juan Rulfo los derechos de los cuentos, de *Pedro Páramo* y del volumen de correspondencia inédita: *Aire de las colinas. Cartas a Clara* (Plaza & Janés, 2000).

Desde entonces el Grupo Random House-Mondadori, a través de sus sellos Plaza & Janés para México, Sudamericana para el Cono Sur y Debate para España, publica constantemente tanto *Pedro Páramo* como *El Llano en llamas*, que si en su primera edición constó de quince cuentos, en 1970 se sumaron otros dos más.

Desde entonces las ediciones constan de diecisiete cuentos: "Nos han dado la tierra", "La cuesta de las comadres", "Es que somos muy pobres", "El hombre", "En la madrugada", "Talpa", "Macario", "El llano en llamas", "¡Diles que no me maten!", "Lu-

vina", "La noche que lo dejaron solo", "Paso del Norte", "Acuérdate", "El día del derrumbe", "No oyes ladrar los perros", "La herencia de Matilde Arcángel" y "Anacleto Morones".

El Independiente, *septiembre de 2003*.



La frase es exacta: nada más viejo que el periódico de ayer. A diario las noticias nacen y mueren sin que de ellas quede más constancia que las páginas amarillas que desperdiga el viento o que el polvo guarda en las hemerotecas: llamaradas de un solo día. *En memoria del fuego* recupera algunos textos escritos a lo largo de los últimos 10 años en diversas publicaciones periodísticas. Crónicas, reportajes y entrevistas que crepitaron en el ayer, pero hoy vuelven a avivarse a través de las páginas menos perecederas de un libro.



CONACULTA



Leonardo Padura: escribir desde Cuba	151
Ricardo Piglia: derrotar al <i>boom</i>	161
Isabel Allende: los dolores del éxito	169
Mario Vargas Llosa: la búsqueda de nuevos y antiguos paraísos	177
Juan Goytisolo: la bitácora del apátrida	185
César Aira: los oficios del traductor	195
Ernesto Cardenal: mujeres, Dios y revolución	205
Seymour Menton: también latinoamericano	213
Jorge Enrique Adoum: el secretario de Neruda	221
Raúl Zurita: la escritura en el cielo y en la tierra	225
Rubem Fonseca en Guadalajara	231
Tomás Eloy Martínez: el vuelo de la realidad	237

FUEGOS DE ESTA TIERRA
MÉXICO EN SU LITERATURA
ENTREVISTAS

Mariana Frenk: cien años, pero no de soledad	245
Ramón Xirau: entre la poesía y el conocimiento	251
Salvador Elizondo: las cuatro décadas de <i>Farabeuf</i>	257
Huberto Batis: la obscenidad como arte	265
Emmanuel Carballo: el zar de la literatura	271
Juan García Ponce: pecador	281
Tomás Segovia: la salvación por la poesía	287
José Emilio Pacheco: coronas al poeta	297
Sergio Pitol: definitivo	307
Carlos Montemayor: tenor	315
Antonio Alatorre: autobiografía en una píldora	323
Enrique Krauze: la búsqueda de la historia	333
Javier Sicilia: tras las huellas de Concepción Cabrera de Armida	343

Presentación

Aún no nacía cuando su madre soñó con el destino del ser que llevaba en el vientre. Ella bajaba por la calle central del pueblo. Por el aire descendían páginas de periódicos que no alcanzaba a atrapar. A su alrededor, otros tomaban con facilidad esas hojas que caían. Lo que ahí estaba escrito parecía ser importante, por lo que se empeñó en tomar una para descubrir que en esas páginas venía escrito el nombre del hijo que pronto nacería. “Mi hijo va a ser famoso”, se dijo al despertar.

Ilusión de toda madre, la fama deseada no fue cierta, pero el nombre de su hijo sí aparecería cotidianamente en los periódicos, porque sin conocer aquel sueño —relatado más tarde— el periodismo sería la profesión elegida, no tanto por el sentido noticioso, sino por el gusto por la literatura.

De ahí que no haya sido raro que en la primera elección profesional dada a conocer al titubeante estudiante de periodismo: “¿Redacción General o Cultura?”, la opción elegida fuera esta última, y, entre todas las fuentes, la literaria haya sido la meta a alcanzar y en la que se fraguaría nota a nota, porque el periodismo es fuego de todos los días.

Tiene la viveza de la llama, pero, como ella, pronto se convierte en ceniza y va al depósito de la historia diaria, aquella de la que pocos o nadie se acuerda, porque otra llamarada se ha prendido y atrae al instante la mirada de lector, ávida del acontecer de los días. Por eso se ha dicho que nada más viejo que el periódico de ayer.

Todas estas entrevistas, crónicas y reportajes nacieron para el instante periodístico: llama y, a veces, llamarada del periodismo cultural, particularmente de la nota literaria. Lo mismo la celebración de alguna obra mayor que la muerte de algún suplemento; la evocación de algún autor olvidado por la inmisericorde desmemoria que todo sepulta que el descubrimiento de algún poeta de otros horizontes.

Crónicas, reportajes o entrevistas nacidas en el horno de la redacción diaria, sin tiempo para el reposo pero sí de frente al segundero que, imperioso, obliga al tecleo rápido, porque su andar marca inexorablemente la hora del "cierre", cuando toda nota debe tener el punto final.

Aquí se reúnen fuegos de un solo día, publicados en los periódicos *unomásuno*, *Milenio Diario*, *El Independiente* y *El Universal*, así como en la revista *Milenio Semanal*, espacios que albergaron estos fuegos que hoy vuelven a arder. En algunos casos se revisaron o suprimieron algunas líneas. En otros se fusionaron varios textos para ofrecer un mayor perfil del personaje.

Jorge Luis Espinosa

LA VARIEDAD DE LOS FUEGOS

Nietzsche, una aurora para el tercer milenio

El 25 de agosto de 1900, a las puertas de un nuevo siglo que marcaría con su profunda voz, tras once años de ese vagabundeo por las zonas oscuras de la locura, una apoplejía acabó con la vida de Friedrich Nietzsche.

El siglo comenzaba, pero con una advertencia:

—No nos cobijemos bajo las apariencias, no narcoticemos la existencia con sus vapores. Veamos lo que es y puede ser el hombre enfrentado al abismo de la vida, libre de Dios y sus nuevos enmascaramientos: Verdad, Razón, Igualdad y hoy siglo XX: Ciencia.

¡Refundemos al Hombre!

Ontiveros: una apología de la barbarie

El guardián de la casa es un rottweiler oscuro y nada dado a la cortesía. A la primera llamada el fuerte ladrido es el que responde y sólo después de varios timbrazos una voz de acento grave responde.

—¡Voy!

Delgado, de profundas entradas en un escaso cabello, José Luis Ontiveros, traje gris, camisa y corbata negras, sonrío.

—Pásate.

Ontiveros come con unos amigos, con quienes fue a ver la película *El Batallón de San Patricio*: la gesta de unos soldados irlandeses contra la invasión estadounidense a México.